

JUAN PABLO PARILLI

Cuando le vimos por primera vez, recién llegado al Centro Médico, su figura nos llamó la atención por lo extraña, parecida a Trotsky, pero a medida que fuimos conociéndolo nos captó su personalidad y nos sedujo su carácter. Inteligente, culto, juicioso en sus apreciaciones y conceptos, difícil de darse en los primeros días, iba irradiando luces su personalidad excepcional. Nacido en Mérida, educado en Bélgica e Italia, ejerció la medicina en Maracaibo y llegó a ser uno de nuestros mejores cardiólogos. Pulcro en el vestir, buen amigo, siempre puso sus conocimientos y buenas intenciones al servicio de sus pacientes que le admiraron y respetaron. Buen diagnosticador y mejor terapeuta, persuadía por su bondad. Sin estridencias se fue ganando el aprecio de sus compañeros de clínica que le lloramos en el día de su muerte y le recordaremos siempre por su belleza de espíritus y sanas convicciones de hombre y ciudadano ejemplares.

Se enfermó repentinamente y fue estoico en su tragedia sobrellevando el sufrimiento sin reclamos, consciente del destino y percatado de las limitaciones de la medicina. Nunca una palabra inoportuna, más bien animaba nuestra desesperación con una sonrisa que todavía le agradecemos. Estoy seguro que durante los cuatro meses de su mortal y cruel enfermedad supo de su proceso fatal; pero siempre nos recibía en nuestra cotidiana visita con una sonrisa que nos partía el alma, acomplejándonos. Se fue deteriorando poco a poco hasta transformarse en una piltrafa humana. Sin embargo, hasta el último momento estuvo hablándonos de música, de su experiencia en Bretaña donde vivió durante la Segunda Guerra Mundial, y el día antes de expirar sostuvo conmigo una conversación sobre la comida en Europa y su diferencia con la criolla. Nunca habló mal de nadie, persuadido como estaba de la efímera vida y de los defectos humanos. Ejemplar raro este hombre que dedicó su vida a los demás, renunciando a su tranquilidad, consciente de una responsabilidad poco común.

Antonieta le cuidó cada segundo, heroína en la desesperación y en la renuncia, como ejemplar mujer que se ganó el afecto de todos los que estuvimos a su lado en los aciagos días de una tragedia inolvidable. Día y noche le animaba, consciente del fin que no llegaba. Sufriendo permanentemente mantuvo una serenidad que sólo la obtienen las almas escogidas. Sus cinco hijos estuvieron con él, serenos como soldados del deber, rindiendo pleitesía a quien mereció una muerte violenta y sincera.

Mantuvo conmigo una amistad de hermano y sus ojos se abrían dándome ánimo en mi desesperación. Hicimos lo que pudimos pero nada fue útil; pareciera que Dios escogiera sus mejores criaturas para someterlas al suplicio como para dar un ejemplo de cuán poco somos a la hora del sufrimiento para el último viaje. Le quise como un hermano porque aprecié en él lo que ansiaba para mí, un espíritu superior. Una vez entró a mi casa y mis hijos se quedaron impresionados de su porte y su cultura. Parecía un Jesús en su caminar, en su actitud y en sus ademanes.

Quiera Dios que descanse en paz quien no tuvo sosiego y dedicó su vida para el bien de todos. Menos mal que todavía tenemos lágrimas para llorar su ausencia y corazón para entender a un hombre que pasó por el mundo sin decir una palabra procaz, sin envidiar a nadie, dotado de una tolerancia franciscana y de un alma singular.

Joel Valencia-Parparcén